

REVALORACIÓN DE RODÓ *

JOSÉ Enrique Rodó, a diferencia de José María Heredia, Domingo Faustino Sarmiento y José Martí, nunca pisó tierra norteamericana. Los otros, ya como diplomáticos, desterrados políticos, convivieron con los humildes, los educadores, los artistas, los estadistas. Es raro que en todo el estudio que hace Rodó sobre los EE. UU. en *Ariel* no cite jamás ni a Martí ni a Sarmiento. No creo que los desconociera, ni que ignorara la obra de ambos. Al contrario. Es muy posible que al pensador uruguayo le preocupara más seguir casi inflexiblemente su propia y limitada visión de los Estados Unidos que recoger la opinión de dos hispanoamericanos de indiscutible raíz “latina”.

Ariel, sin duda, nació bajo la presión de un momento histórico, sin que el autor poseyera muchos datos sobre el país que criticaba. La obra, de indiscutible valor literario, llevaba el sello anti-norteamericano muy propio de principios del siglo XX en Hispanoamérica. Es necesario también tener en cuenta que cuando Rodó escribía su comentado libro apenas tenía treinta años. Me aventuro a decir que Rodó carecía de equilibrio histórico, de amplio horizonte, de ecuanimidad política para juzgar desde su tierra un fenómeno muy complejo. Rodó simplificó sobremanera algunas características norteamericanas. Tal vez se dejó impresionar por el espectacular desarrollo material de los Estados Unidos. Es natural que la expansión hacia el Oeste del país, o que el crecimiento de grandes ciudades como Chicago o Nueva York fueran acontecimientos de mayor impacto inmediato que el auge de la pintura o la arquitectura o la poesía, que a fines del siglo XIX eran ya parte innegable del acervo cultural de los EE. UU. El uruguayo Alberto Zum Felde escribió: “En efecto, el libro de Rodó está determinado por el estado espiritual latente de América Latina en esa hora, como determinante, a su vez, de la definición de su estado”.

Rodó admitió: “por mi parte, ya veis que aunque no les amo, les admiro”. He aquí, tal vez, la mejor explicación de la actitud del insigne uruguayo con respecto a la república anglosajona del Norte. Hizo su estudio,

no como Martí o Sarmiento, sin prejuicios, sino con una actitud previamente perfilada y antagónica. No es que Sarmiento y Martí se enamoraran ciegamente de los Estados Unidos, pero es indudable que alguna razón de peso tuvieron para vivir buena parte de su vida en ese país. Sarmiento tomó de los Estados Unidos conceptos e ideas educativas y gubernamentales. El cubano, luchador y escritor, no quiso ausentarse de Nueva York para organizar la revolución libertadora.

Rodó notó en la capacidad inagotable de trabajo del norteamericano una gran infelicidad, puesto que, según él, los placeres materiales y el bienestar personal son fines en sí mismos. Reconoció en Poe una "individualidad anómala". En sus héroes, sin embargo, se descubre "el temple subhumano, la indómita resistencia de la voluntad" que en fin de cuentas ha dado lugar a una enorme prosperidad incapaz de satisfacer "a una mediana concepción del destino humano". Rodó afirmó que los Estados Unidos viven para satisfacer egoístamente el bienestar personal y colectivo. "Huérfano de tradiciones muy hondas que le oriente, ese pueblo no ha sabido substituir la idealidad inspiradora del pasado con una alta y desinteresada concepción del porvenir".

Equivocado estaba porque, a pesar de los errores cometidos por los Estados Unidos en el siglo XIX, siempre guió a buena parte de sus ciudadanos un temple moral que se hizo sentir aun en los momentos más discutidos de su historia. Cuando el presidente Polk, en 1848, ordena el ataque contra México, el Senado del Estado de Nueva York y el Senado de Massachussets, en resoluciones especiales, declaran que es inmoral la ofensiva perpetrada por el Primer Mandatario de los Estados Unidos contra la República vecina.

Es decir, que además de las consideraciones de índole política que pudieran existir, los legisladores estimaron que sobresalía una de carácter moral muy importante, permanente y propia de la historia del país. A pesar de la crudeza que significó la conquista del Oeste, la expansión territorial y la guerra contra España, en buena parte de los escritores, poetas, críticos e historiadores norteamericanos, prevaleció siempre un sentimiento moral, incomprensible, sin duda, para algunos hispanoamericanos que sufrieron, por un tiempo, las vicisitudes físicas de aquella política.

No creyó Rodó que existía en los Estados Unidos un instinto poético, pues "el ambiente de la democracia de América, el espíritu de vulgaridad, no halla entre sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión, y se extiende y propaga como sobre la llaneza de una pampa infinita". Añadió que no tenía capacidad selectiva y predominaba en el país "un profundo des-

orden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales”. Subrayó que el norteamericano no había sido capaz de adquirir aun el buen gusto. “El arte sólo ha podido existir a título de rebelión individual”. Rodó creyó que los Estados Unidos menospreciaban todo ejercicio mental que no tuviera una finalidad inmediata. Para el norteamericano, siguió diciendo, la ciencia tiene también un propósito práctico. La investigación científica, un fin utilitario. Se han dedicado a difundir la educación popular, pero no se han preocupado de seleccionarla y elevarla, a tal punto que prevalece una “semicultura universal y una profunda languidez de la alta cultura”. Y afirmó: “Hoy —es decir, 1900— la más genuina representación del gusto norteamericano en punto a letras está en los lienzos grises de un diarismo que nos hace pensar en el que un día suministró los materiales de *El Federalista*”. La tradición religiosa se limita a ser una fuerza adicional al código penal. Y tratando de ser profeta, dijo que del seno de los Estados Unidos “no surgirán jamás ni la santidad, ni el heroísmo”.

¿Por qué quiso ser profeta Rodó? Tenía que estar enterado del heroísmo norteamericano en la Guerra Civil, tanto de un lado como del otro. De su afirmación se desprende que Rodó estaba limitado por la guerra hispanoamericana y por la psicología de la época. “El valor cívico, la virtud vieja de los Hamilton, es una hoja de acero que se oxida, cada día más olvidada entre las telarañas de las tradiciones.” Y añade: “El gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que realza los caracteres y las inteligencias y que los entona con la perspectiva de la efectividad de su dominio.” La democracia norteamericana nunca ha reconocido la superioridad y como resultado las masas han ejercido la tiranía. Cabe preguntarnos ahora: ¿Qué pretendía Rodó? ¿Acaso no es el ejercicio de la voluntad mayoritaria lo que buscaban él y los pensadores hispanoamericanos? Mucho se ha escrito sobre este particular en Europa e incluso en los Estados Unidos. Pero no quiero pasar esta oportunidad sin consignar una evidente contradicción de Rodó, pues él mismo propugnaba la libertad, pero se oponía a la educación popular.

¿Por qué prendió tan fácilmente en Hispanoamérica la acerba crítica de Rodó? *Ariel* se publicó en momentos desastrosos para España. Con la pérdida de Cuba, el Imperio había desaparecido. Una nueva generación española trataba de encauzarse. Hispanoamérica se hallaba atarida ante las proporciones que tomaban los Estados Unidos. Las diferencias entre el Norte y el Sur del continente eran cada vez más evidentes. Los hispanoamericanos, a pesar de la presencia de Darío, se sienten deprimidos. En realidad los hispanoamericanos redescubren a España y son ellos los que

inician, en cierto modo, la revaloración de España casi simultáneamente con los españoles. Buscan en la Madre Patria una guía, una inspiración, una seguridad espiritual. Y como señala Zum Felde: “frente a tal depresivo estado de ánimo aparece *Ariel* afirmando los valores tradicionales del humanismo renacentista, en oposición a la imperiosa soberanía del utilitarismo anglo-sajón, a la supremacía del progreso técnico, del enriquecimiento, del poderío.”

Prendió, en resumen, “porque desde su atalaya penetra Rodó en el peligro de la imitación de otra cultura y otro ritmo”, según palabras de Zum Felde. Además Rodó cautivó con su estilo a sus lectores. Se organizaron homenajes en su honor, surgieron sociedades ostentando su nombre. Se creyó que con el estandarte único de sus bellas páginas, podría *Ariel* levantar el espíritu de todo un continente.

Recordemos que Rodó criticó a los Estados Unidos su falta de espíritu poético, de idealismo. Pero, ¿no dijo también que “Darío no es el poeta de América”? Lo dijo, tal vez, porque creyó que en la América Hispana había pocos que lo comprendieran. ¿Y no fue Darío quien, en el prefacio de *Prosas Profanas*, se negó a escribir su manifiesto literario por “la absoluta falta de elevación mental de la mayoría pensante de nuestro continente”? Crítica cruda, sin duda, de alguien que pautó un nuevo camino a la lengua española. No trato de recriminar ni a Rodó ni a Darío. Lo señalo porque es una crítica que es aplicable tanto a Hispanoamérica como a los Estados Unidos en épocas determinadas. Indico algo demasiado conocido: la creación artística es labor muy individual, casi siempre llena de sacrificios. Por eso cuando Rodó concluye que Poe es un individuo que se rebela contra su medio, dice única y exclusivamente lo que han hecho casi todos los grandes artistas. Además, ¿por qué criticó Rodó la educación popular? Sarmiento y Martí la propugnaron y no por eso preconizaban la propagación de la mediocridad.

Para comprender bien a los Estados Unidos del siglo XIX hay que tener en cuenta tres grandes factores que, tal vez, debieron parecer imponentes a Rodó. Primero, el conflicto entre el ideario agrario de Jefferson y el industrial de Hamilton; segundo, la rivalidad entre el sistema de plantaciones del Sur y la burguesía comercial del Norte, y tercero, la pugna entre el Este, maduro, y el Oeste, en expansión y en sus primicias culturales. Convivían, como ocurre en la actualidad en algunos países, dos mundos, que los mismos norteamericanos no dejaron de notar. Creo, sin embargo, que el error fundamental de Rodó al analizar la crudeza del Oeste, fue el de creer que era un elemento permanente de la vida norteamericana y

no algo transitorio. Creyó que eran factores fijos en la vida de los Estados Unidos. Involucró en su análisis a toda una sociedad compleja, culturalmente difícil de concebir como una unidad, incluso hoy.

Sarmiento y Martí, cada uno a su modo, lo vieron bien. Rodó se llenó de ira por la espectacularidad de un ciclópeo esfuerzo físico a favor del hombre común. Los Estados Unidos tuvieron sus propios críticos en Whitman, quien dijo que no siempre el ideal del hombre democrático concordaba con la realidad norteamericana. Ya lo había dicho Cooper y Sinclair Lewis lo repetiría. Pero como ha escrito Robert E. Spiller: "this discrepancy between fact and ideal is the creative force of an open society, for it supplies the dynamics of change." Martí y Sarmiento vieron a esa sociedad en movimiento. Ambos apuntaron errores concretos: la discriminación racial, la venalidad de algunos políticos, la lucha entre grupos de distinto origen nacional y racial. No generalizaron. Rodó generalizó. Martí y Sarmiento distinguieron entre el error individual y la conducta nacional. Martí reconoció que aquella expansión espectacular que abría nuevas rutas hacia el Oeste y el espíritu ambicioso que animaba a los líderes del país no eran características únicas. Ni tampoco era de esperarse, por ejemplo, que la catástrofe económica de 1873 sirviera como elemento exclusivo para enjuiciar años venideros.

En *Ariel* dijo: "El espíritu americano no ha recibido en herencia ese instinto poético ancestral". Y añade: "La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos." Es decir, que no concebía que en los Estados Unidos hubiera lugar para el arte. Sin embargo, ya en 1839, Richard Upjohn había introducido en los Estados Unidos los principios de la arquitectura gótica al construir la iglesia de la Trinidad, en Nueva York, y Richard M. Hunt, de Vermont, que había estudiado en la Escuela de Bellas Artes de París, alentó en su patria el amor por la arquitectura del renacimiento francés. Sobre todo Henry Richardson imprimió un vigor inigualado a la arquitectura, especialmente con la construcción de la iglesia de la Trinidad, en Copley Square, en Boston. Louis Sullivan, maestro de Frank Lloyd Wright, era ya desde 1879 exponente indiscutible de nuevas tendencias en la arquitectura moderna.

En pintura, el impresionismo tuvo su máximo exponente en James Whistler, quien a su vez estimuló a los pintores jóvenes. Winslow Homer, más adepto al arte norteamericano, transmitió fielmente a los lienzos la vida de su estado natal, Massachussetts. Thomas Eakins, Albert P. Ryder eran también pintores notables cuando aún no había terminado el siglo XIX. Lo mismo puede afirmarse de la escultura. Adam Ward realizó todo su

aprendizaje en los Estados Unidos, y cuando comenzó el plan para construir el Parque Central de Nueva York, recibió el encargo de esculpir la conocida estatua *The Freedman*. Augustus Saint-Gaudens sobresalió en la escuela realista en 1881 con *Admiral Farragut*.

La Guerra Civil alteró de raíz la vida política y económica del país, pero la creación literaria continuó. En el Sur, Richmond, Charleston, Baltimore fueron centros literarios de grande importancia. Fue precisamente en Richmond donde Poe empezó su carrera, dirigiendo el *Southern Literary Messenger*. En Charleston se publicó la importante *Southern Review*. William Gilmore Simms y John Pendleton Kennedy fueron altos exponentes de una escuela literaria sureña que habría de alcanzar su mejor ejemplo en 1854 en *The Virginia Comedians*, de John E. Cooke. A mitad del siglo XIX, Charleston era ya un importante centro de poetas.

¿Seguimos enumerando? Dejemos a un lado a los autores secundarios y al importante grupo que se desarrolló en Concord. Ya en 1870 Bret Harte, Mark Twain y W. D. Howells publicaban sus obras en *Overland Monthly*, de California, en *Atlantic Monthly*, de Boston, y en el *Harpers Monthly*, de Nueva York. Es posible que la construcción de 150.000 millas de líneas de ferrocarril, la Feria de Chicago de 1893, la competencia ensañada entre los Vanderbilt, Gould, Hill y Harriman opacaron otros aspectos de la cultura norteamericana, pues de 1865 a 1895 los Estados Unidos trataron de ajustarse a un nuevo estado de cosas producido por el período de la postguerra.

Pero no eran sólo los Estados Unidos los que tenían que hacerle frente a esos cambios. Europa también experimentaba transformaciones fundamentales. Pero eso no impidió que se viera en el extranjero la obra de Dickens, George Eliot, Ivan Turgenev. En los Estados Unidos quedaba mucho por redescubrir. Vastas zonas del Oeste eran desconocidas en el Este. Incluso el Norte se percataba de que desconocía el pasado y el valor de las diferencias regionales del Sur. Y aun así la vida simple y rural quedaba revelada en la obra de Sara O. Jewett. Y Emily Dickinson y Henry J. Melville se destacaban en poesía y en la novela.

Es decir, que junto a la vasta transformación del país, se desarrollaban escuelas artísticas. Rodó no pudo verlo, tal vez animado por un exacerbado espíritu crítico. Sin duda hubo elementos antagónicos en la sociedad norteamericana. Todavía los hay. Arthur Miller y Archibald McLeish y Joseph McCarthy son hijos de una misma época, de una misma nación. La exis-

tencia del último no anula la grandeza literaria de los dos primeros. Si en 1900 pudo propagarse la crítica negativa de *Ariel*, ya hoy no es del todo válida. Rodó es un prosista modernista. No un profeta.

ROBERTO ESQUENAZI-MAYO

Universidad de Nebraska.